



EL EXORCISMO de mi mejor amiga

GRADY HENDRIX



minotauro



EL
EXORCISMO
DE MI MEJOR
AMIGA

GRADY HENDRIX

minotauro

DON'T YOU FORGET ABOUT ME

El exorcista ha muerto.

Abby está en el despacho y consulta el correo electrónico y, entonces, hace clic sobre el enlace azul. Este la lleva a la página de un periódico que para ella aún se llama *News and Courier*, aunque cambiara de nombre hace quince años. El exorcista aparece en el centro de la pantalla, calvo y con coleta, y sonrío a la cámara desde una foto borrosa solo de la cabeza, pequeña como una estampilla postal. Abby siente dolor en la mandíbula y se le encoge la garganta. No se da cuenta de que se le ha cortado la respiración.

El exorcista transportaba unos maderos a Lakewood y paró en la I-95 para ayudar a un turista a cambiar un neumático. Estaba apretando las tuercas cuando una Dodge Caravan se desvió hacia el arcén y lo golpeó de lleno. Murió antes de que llegara la ambulancia. La mujer que iba al volante del monovolumen llevaba tres analgésicos distintos en el cuerpo... cuatro, si también contamos la cerveza Bud Light. La acusaron de conducir bajo los efectos del alcohol.

«Si bebes —piensa Abby—, no conduzcas.»

Le viene a la cabeza esa frase, una frase que ni siquiera recordaba que recordara, pero en ese instante no entiende cómo había podido olvidarla. Aquellos carteles de la campaña de concientización que se veían por toda Carolina del Sur en los

tiempos en que estudiaba secundaria. Y en ese mismo instante, su despacho, la conferencia telefónica de las siete, su departamento, su hipoteca, su divorcio, su hija... ya no le importan.

Retrocede veinte años y va disparada por el puente antiguo en un Volkswagen Rabbit destartado, con las ventanas bajadas, UB40 a toda marcha en la radio, el aire dulce y salado en el rostro. Vuelve la cabeza a la derecha y mira a Gretchen, que va de copiloto, con los cabellos rubios al viento, los pies desnudos, las piernas cruzadas sobre el asiento, y ambas cantan siguiendo la canción que suena por la radio, forzando al máximo sus cuerdas vocales que no saben afinar. Es abril de 1988 y van a comerse el mundo.

Para Abby, «amiga» es una palabra a la que se le han gastado las aristas por usarla demasiado. Podría decir frases como «me he hecho amiga de los chicos de TI», o «voy a encontrarme con unas amigas después de trabajar».

Pero recuerda otros tiempos en los que la palabra «amiga» hacía correr la sangre. Abby y Gretchen se pasaban horas puntuando a sus amigas y discutían cuáles entraban en la categoría de mejores amigas y cuáles se quedaban en las de amiga corriente, debatían si era posible tener dos mejores amigas a la vez, escribían cada una el nombre de la otra, una y otra vez, con tinta morada. Se entusiasmaban con el subidón de dopamina que les provocaba el pertenecer a otra persona, saber que una persona a la que no conocías te había elegido, que había querido conocerte. Que existía alguien a quien no le daba igual si estabas viva o muerta.

Abby y Gretchen eran las mejores amigas del mundo entero y entonces llegó aquel otoño en el que todo se vino abajo. Y se vinieron abajo ellas mismas.

Y el exorcista les salvó la vida.

Abby aún recuerda la secundaria, pero solo imágenes, no acontecimientos. Recuerda efectos, pero las causas se han desdibujado. Ahora todo resurge como una inundación que no puede contener. El sonido de los gritos en el Césped. Los búhos. El hedor en la habitación de Margaret. Max, el perrito

bueno. Aquello tan terrible de Glee. Pero por encima de todo recuerda lo que le sucedió a Gretchen y cómo todo se fue a la mierda en 1988, el año en el que el diablo poseyó a su mejor amiga.

WE GOT THE BEAT

1982. Ronald Reagan lanzaba la guerra contra las drogas. Nancy Reagan le decía a todo el mundo: «Simplemente di no». EPCOT Center abría por fin, Midway distribuía Ms. Pac-Man en las salas de juego y Abby Rivers certificó que había llegado a la edad adulta, porque por fin se largó a llorar en una película. Fue en *E.T. el extraterrestre* y volvió a verla una y otra vez, fascinada por su propia e involuntaria reacción, incapaz de contener el torrente de lágrimas que le resbalaba por las mejillas cuando E.T. y Elliott se abrazaban.

Fue el año en el que cumplió los diez.

Fue el año de la «fiesta».

Fue el año en el que todo cambió.

Una semana antes del día de Acción de Gracias, Abby entró con veintiuna invitaciones recortadas en forma de patín en el aula de cuarto curso, a cargo de la profesora Link, e invitó a todos los niños a la fiesta de su décimo cumpleaños. Iba a celebrarse el sábado 4 de diciembre a las 15.30 en la pista de patinaje sobre ruedas Redwing Rollerway. Iba a ser su gran día. Había visto *Roller Boogie* con Linda Blair, a Olivia Newton-John en *Xanadu*, a Patrick Swayze sin camiseta en *La fiebre del patín*. Al cabo de varios meses de práctica lo hacía mejor que los tres juntos. Se había acabado lo de ser la chica sosa de la es-

cuela. Se transformaría ante los ojos de la clase entera en Abby Rivers, la princesa del patín.

La fiesta de Acción de Gracias terminó y, el mismo día en el que los niños volvieron a la escuela, Margaret Middleton se dirigió al centro de la clase e invitó a todo el mundo a montar a caballo en su campo de polo el sábado 4 de diciembre.

—¿Señora Link? ¿Señora Link? ¿Señora Link? —Abby movía el brazo en alto—. Es el mismo día de mi fiesta de cumpleaños.

—Ah, sí —respondió la señora Link. No parecía acordarse de que Abby había clavado un cartel de su fiesta de cumpleaños en forma de patín extragrande en el tablón de anuncios de la clase—. Pero podrías dejarla para otro día.

—Pero... —Abby no había dicho nunca «no» a un maestro, por lo que respondió lo mejor que pudo—. Pero es que es mi cumpleaños.

La señora Link suspiró y le hizo un gesto a Margaret Middleton como para decirle que no se preocupara.

—Tu fiesta no empieza hasta las tres y media —le dijo a Abby—. Estoy segura de que todo el mundo podrá ir después de montar a caballo en casa de Margaret.

—Por supuesto que podrán, señora Link —añadió Margaret Middleton, con una sonrisa afectada—. Les sobrará mucho tiempo.

El último jueves antes del día de su cumpleaños, Abby llevó a clase veintiuna magdalenas de E.T. para que sirvieran como recordatorio. Todo el mundo se las comió y la niña pensó que aquello era buena señal. Al llegar el sábado, obligó a sus padres a llevarla a Redwing Rollerway con una hora de antelación para prepararlo todo. A las 15.15 parecía como si un ejército de E.T. hubiera invadido la sala de fiestas privadas. Había globos de E.T., manteles de E.T., sombreros de fiesta de E.T., dulces de la marca Reese's Pieces como los que aparecían en *E.T.*, bandejas de cartón de E.T., un helado de chocolate y mantequilla de cacahuete con la cara de E.T., y en la pared, detrás del sitio donde Abby se sentaría, la posesión más preciada de la muchacha, que en ningún caso se podía ensuciar, manchar, romper ni

rasgar: un póster auténtico de la película de *E. T.* que su padre había conseguido en el cine y traído a casa; se lo había dado como regalo de cumpleaños.

Por fin, dieron las 15.30.

No había venido nadie.

A las 15.35 la sala seguía vacía.

A las 15.40 Abby estaba a punto de llorar.

Afuera sonaba *Open Arms*, de Journey, y los mayores pasaban patinando frente a la ventana de plexiglás de la sala para fiestas privadas, y Abby sabía que se burlaban de ella porque veían que estaba sola en el día de su cumpleaños. Para no ponerse a llorar, se clavaba las uñas en la piel blanca de debajo de la muñeca y se concentraba en ese dolor. Por fin, a las 15.50, cuando toda la muñeca estaba cubierta de marcas rojizas y relucientes en forma de media luna, Gretchen Lang, la niña nueva y rara que procedía de la exclusiva escuela privada femenina de Ashley Hall, entró en la sala de la mano de su madre.

—Hola, hola —dijo la señora Lang con voz cantarina. Los brazaletes tintineaban en sus muñecas—. Siento que hayamos llegado tan... ¿Dónde están los demás?

Abby no fue capaz de responder. Su madre acudió al rescate.

—Debe de haber un embotellamiento en el puente —respondió.

El rostro de la señora Lang se relajó.

—Gretchen, ¿por qué no le das el regalo a tu amiguita? —dijo. Puso entre los brazos de Gretchen lo que parecía un ladrillo envuelto en papel brillante y la obligó a avanzar. Gretchen inclinaba el cuerpo hacia atrás y clavaba los talones en el suelo. La señora Lang probó con otra táctica—: Nosotros no sabemos quién es este personaje, ¿verdad, Gretchen? —preguntó, al tiempo que miraba a E.T.

Abby pensó que aquello debía ser una broma. ¿Cómo era posible que no conocieran al personaje más popular de todo el planeta?

—Yo sí sé quién es —protestó Gretchen—. Es E.T., el... ¿extraterrible?

Abby no se lo podía creer. ¿Qué era lo que decían aquellas zumbadas?

—El *extraterrestre* —corrigió Abby, que por fin había conseguido hablar—. Es una palabra que quiere decir que viene de otro planeta.

—Qué bonito, ¿verdad? —dijo la señora Lang. Entonces se excusó y se marchó como alma que lleva el diablo.

Un silencio venenoso emponzoñaba el aire. Todo el mundo andaba con la cabeza gacha. Para Abby, aquello era todavía peor que haberse quedado sola. A aquellas alturas estaba muy claro que nadie iría a su fiesta de cumpleaños y que su padre y su madre tendrían que hacer frente al hecho de que su hija no tenía amigos. Aún peor, una niña rara que no sabía nada sobre extraterrestres estaba presenciando su humillación. Gretchen cruzó los brazos sobre el pecho y el papel que envolvía el regalo crujió.

—Qué amable has sido al traer un regalo —dijo la madre de Abby—. No era necesario.

Pues claro que era necesario, pensó Abby. Es mi cumpleaños.

—Feliz cumpleaños —murmuró Gretchen y le ofreció el regalo a Abby.

Abby no quería el regalo. Quería a sus amigos. ¿Por qué no habían venido? Pero Gretchen estaba allí como una imbécil ofreciéndole el regalo. Todos los ojos estaban puestos en Abby. La niña lo cogió, pero con un gesto rápido, para que nadie se confundiera y pudiera imaginarse que le gustaba la manera como iban las cosas. En el mismo instante se dio cuenta de que era un libro. ¿Cómo podía ser tan estúpida aquella niña? Abby quería cosas de E.T., no un libro. Aunque quizá fuera un libro de E.T.

Pero incluso aquel vestigio de esperanza murió en cuanto lo desenvolvió con todo cuidado y descubrió que se trataba de una Biblia infantil. Abby le dio la vuelta, porque aún pensaba

que podía formar parte de un regalo más grande en el que hubiera algo relacionado con E.T. En la contracubierta no había nada. Abrió el libro. Nada. Sí, era un Nuevo Testamento infantil. Abby levantó los ojos para ver si el mundo entero se había vuelto loco, pero tan solo vio los ojos de Gretchen que la miraban.

Abby conocía las normas: tenía que darle las gracias y fingir que le gustaba mucho para no herir sus sentimientos. Pero ¿qué pasaba con los sentimientos de la propia Abby? Era su cumpleaños y nadie había pensado en ella. No había ninguna demora en el puente. Todos estaban montando a caballo en casa de Margaret y dándole a Margaret todos los regalos que habrían tenido que ser para Abby.

—¿Qué se dice, Abby? —apremió su madre.

No. No lo diría. Si lo decía, sería como reconocer que aquello estaba bien, que estaba bien que una niña rara a la que no conocía de nada le regalara una Biblia. Si lo decía, sus padres pensarían que era amiga de aquella tarada y procurarían que viniera a todas las fiestas de cumpleaños de Abby y los únicos regalos que le darían a Abby serían Biblias infantiles.

—¿Abby? —dijo la madre.

No.

—Abby —añadió el padre—. No seas así.

—Tienes que darle las gracias ahora mismo a esta niñita —insistió la madre.

En un momento de inspiración, Abby se dio cuenta de que tenía una salida: podía empezar a correr. ¿Qué le harían? ¿Tirarla por el suelo? Así que echó a correr. Se volvió un momento para mirar a Gretchen y luego huyó hacia el ruido y la oscuridad de la pista de patinaje.

—¿Abby! —gritó la madre, y entonces Journey ahogó su voz.

El supersincero Steve Perry elevaba su voz por encima del estruendo de los platillos y de las guitarras que acompañaban las baladas, que golpeaban las paredes de la pista como olas rompiendo mientras las parejas de enamorados patinaban agarradas.

Abby se abrió paso entre chicos mayores cargados de pizzas y de jarras de cerveza, que patinaban sobre la alfombra pegando gritos a sus amigos, y terminó en el baño de señoras, cerró de golpe la puerta anaranjada a su espalda, se derrumbó sobre la tapa del inodoro y lloró.

Todo el mundo había preferido ir al campo de polo de Margaret Middleton porque Margaret Middleton tenía caballos y Abby había sido imbécil al pensar que alguien iría a verla patinar a ella. Los demás querían montar a caballo y ella había sido estúpida, estúpida y estúpida al pensar que no sería así.

Open Arms se oyó más fuerte que antes, porque alguien había abierto la puerta de afuera.

—¿Abby? —dijo una voz.

Era la chica aquella de la que no recordaba ni el nombre. Al instante, Abby receló. Probablemente sus padres la habían mandado a espiarla. Abby subió las piernas encima de la taza.

Gretchen dio unos golpes en la puerta del cubículo.

—¿Abby? ¿Estás ahí dentro?

Abby se quedó sentada, muy muy callada, y logró reprimir el llanto hasta transformarlo en débil gimoteo.

—Yo no quería regalarte una Biblia infantil —decía Gretchen al otro lado de la puerta del váter—. Lo decidí mi madre. Yo le dije que no. Yo quería comprarte algo donde saliera E.T. Tenían un muñeco que se le iluminaba el corazón.

A Abby le daba igual. Aquella niña era horrible. Abby oyó movimiento afuera y entonces Gretchen asomó la cara por debajo de la puerta. Abby estaba aterrorizada. ¿Qué hacía? ¿Se estaba colando por debajo! Al cabo de un momento, Gretchen se hallaba ya frente al inodoro, aunque la puerta estuviera cerrada, lo que significaba que la persona que estaba dentro quería privacidad. Abby estaba desconcertada. Miró a aquella niña chiflada, a la espera de ver lo que hacía. Gretchen parpadeaba lentamente con sus enormes ojos azules.

—No me gustan los caballos —decía—. Huelen mal. Y pienso que Margaret Middleton no es simpática.

Eso, al menos, Abby podía entenderlo.

—Los caballos son estúpidos —continuó diciendo Gretchen—. Todo el mundo piensa que son geniales pero tienen cerebro de hámster y si haces un ruido fuerte se asustan, aunque sean más grandes que nosotros.

Abby no supo qué responderle.

—Yo no sé patinar—dijo Gretchen—. Pero pienso que la gente que le gustan los caballos tendría que comprar perros. Los perros son simpáticos y son más pequeños que los caballos y son listos. Pero no todos los perros. Nosotros tenemos un perro que se llama Max, pero es idiota. Si ladra mientras corre, se cae.

Abby empezaba a sentirse incómoda. ¿Y si entraba alguien y veía a aquella persona tan extraña de pie frente al inodoro con ella? Sabía que tenía que decir algo, pero se le ocurrió una sola cosa, y esto fue lo que dijo:

—Preferiría que no estuvieras aquí.

—Lo sé —respondió Gretchen, y asintió—. Mi madre quería que fuera a casa de Margaret Middleton.

—¿Y por qué no has ido? —preguntó Abby.

—Tú me invitaste primero —respondió Gretchen.

Un rayo partió el cráneo de Abby en dos. ¡Exacto! Era lo mismo que ella había estado diciendo. ¡Su invitación había sido la primera! Todo el mundo habría tenido que estar ALLÍ con ELLA porque ella los había invitado PRIMERO y Margaret Middleton la había COPIADO. Aquella niña lo había entendido bien.

Quizá no estuviera todo perdido. Quizás Abby podría enseñarle a aquel bicho raro lo buena que era con el patín y ella se lo contaría a todo el mundo en la escuela. Todos querrían verla, pero Abby no volvería a celebrar ninguna otra fiesta de cumpleaños y no la verían patinar jamás, a menos que le rogaran que lo hiciese ante la escuela entera, y entonces lo haría y dejaría a todo el mundo pasmado, pero solo si se lo rogaban mucho. Tenía que empezar por impresionar a aquella niña y no sería difícil. Aquella niña ni siquiera sabía patinar.

—Si quieres, te enseño a patinar —dijo Abby—. Soy muy buena.

—¿De verdad? —preguntó Gretchen.

Abby asintió. Por fin, alguien la tomaba en serio.

—Soy buenisísima —afirmó.

El padre de Abby alquiló unos patines y la propia Abby enseñó a Gretchen a atarse las correas muy fuerte y la ayudó a atravesar la alfombra, mostrándole cómo levantar los pies para no tropezar. Abby llevó a Gretchen a la zona de patinaje para niños y le enseñó algunos movimientos básicos, pero al cabo de unos minutos se moría de ganas por exhibir sus habilidades.

—¿Quieres que vayamos a la pista grande? —preguntó Abby.

Gretchen negó con la cabeza.

—Si vienes conmigo, no correrás ningún peligro —insistió Abby—. No permitiré que te ocurra nada malo.

Gretchen tardó un minuto en decidirse.

—¿Me agarrarás por las manos?

Abby sujetó las manos de Gretchen y la hizo bajar a la pista en el mismo instante en que anunciaban Patín Libre por el megáfono, y de pronto la pista se llenó de adolescentes que pasaban por su lado a una velocidad tremenda. Un chico agarró a una chica por la cintura y la levantó en el aire en medio de la pista, y empezaron a girar sobre sí mismos y el DJ encendió la lámpara de espejos, y brillaron estrellas por todas partes y el mundo entero se puso a girar. Gretchen se encogía cuando los chicos veloces pasaban por su lado, así que Abby se volvió y patinó de espaldas frente a ella, agarró sus manos blandas y sudadas, y se dejaron llevar por la corriente. Empezaron a patinar a mayor velocidad, tomaron la primera curva, luego aceleraron, y Gretchen levantó una pierna del suelo y se dio impulso, y luego la otra, y entonces patinaron de verdad, y en ese momento se oyó la batería y a Abby se le aceleró el corazón, y el piano y la guitarra empezaron a tocar a todo trapo y *We Got the Beat*, «Tenemos el ritmo», rugió en la megafonía. Las luces de la lámpara de espejos vibraban y giraban con la multitud, en órbita alrededor de la pareja que se hallaba en el centro de la pista, y todo el mundo agarró el ritmo.

*Freedom people marching on their feet
Stallone time just walking in the street
They won't go where they don't know
But they're walking in line
We got the beat!
We got the beat!*

Abby se equivocaba con todas y cada una de las palabras de la canción, pero no le importaba. Sabía, con una seguridad que no había sentido en toda su vida, que las Go-Go's cantaban sobre ella y Gretchen. ¡Tenían el ritmo! Cualquiera que pasara por allí habría visto a dos niñas que patinaban en círculos lentos por una pista, que se apartaban a las esquinas mientras el resto de patinadores pasaba por su lado. Pero no era eso lo que ocurría en realidad. Para Abby, el mundo entero era un País de las Maravillas de fulgores fluorescentes repleto de cálidas luces rosadas y de luces verdes neón y de luces turquesa y de luces magenta, y se encendían y apagaban al ritmo de la música y todo el mundo danzaba, y ellas mismas iban tan rápido que sus patines apenas rozaban el suelo, se deslizaban por las esquinas, cobraban velocidad, y sus corazones latían al ritmo de la batería, y Gretchen había venido a la fiesta de cumpleaños de Abby porque Abby la había invitado primero y Abby tenía un cartel de *E.T.* de verdad y podrían comerse todos los pasteles ellas dos.

Y de algún modo Gretchen sabía con exactitud lo que Abby pensaba. Le devolvía la sonrisa, y en aquel momento Abby no quería que nadie más viniera a la fiesta de cumpleaños, porque su corazón latía al ritmo de la música y daban vueltas y Gretchen gritaba con fuerza:

—¡Esto... es... genial!

Entonces Abby se la pegó contra Tommy Cox, se enredó entre sus piernas y se cayó de cabeza, y el diente de arriba se le clavó en el labio de abajo y se manchó de sangre la camiseta de *E.T.* Sus padres tuvieron que llevarla a la enfermería, donde le dieron tres puntos. En algún momento los padres de Gretchen

sacaron a su hija de la pista de patinaje y Abby no la vio de nuevo hasta que el lunes volvió a la escuela.

Aquella mañana iba con la cara más tensa que un globo a punto de estallar. Abby llegó temprano a la clase, esforzándose por no mover sus labios hinchados, y lo primero que oyó fue la voz de Margaret Middleton.

—No entiendo por qué no viniste —le espetó Margaret, y Abby la vio de pie frente al pupitre de Gretchen—. Vino todo el mundo. Todos se quedaron hasta tarde. ¿Te dan miedo los caballos?

Gretchen estaba mansamente sentada en su silla, con la cabeza gacha. Los cabellos le rozaban el pupitre. Lanie Ott estaba de pie al lado de Margaret y la ayudaba a recriminar a Gretchen.

—Yo monté a caballo y le hice dar dos saltos —decía Lanie Ott.

Entonces las dos vieron a Abby en la puerta.

—Diug —dijo Margaret—, ¿qué te ha pasado en la cara? Estás que dan ganas de vomitar.

Abby se quedó paralizada a causa de la justa ira que hervía en su interior. ¡Había tenido que ir a la enfermería! ¿Y se burlaban de ella? Como no se le ocurrió qué podía hacer, trató de contarles la verdad.

—Mientras patinaba me la pegué contra Tommy Cox y tuvieron que darme puntos.

Solo con oír el nombre de Tommy Cox, Lanie Ott abrió y cerró la boca sin decir nada. Pero Margaret estaba hecha de otra madera.

—Eso no es verdad —respondió. Y Abby se dio cuenta de que, ¡oh Dios mío!, Margaret podía afirmar que Abby mentía y todo el mundo le daría la razón. Margaret continuó—: Mentir está feo, y rechazar una invitación es de mala educación. Eres maleducada. Las dos son unas maleducadas.

Fue entonces cuando Gretchen levantó la cabeza.

—La invitación de Abby fue primero —respondió, echando fuego por los ojos—. Así que la maleducada eres tú. Y ella no miente. Yo lo vi.

—Entonces es que las dos mienten —replicó Margaret.

Alguien tendió el brazo sobre el hombro de Abby y dio un golpe en la puerta abierta.

—Eh, pequeñas, ¿alguna de ustedes sabe dónde...? ¡Ah, hola, bonita!

Tommy Cox estaba de pie a unos diez centímetros detrás de Abby. Sus cabellos rizados y rubios le caían en torno al rostro. Llevaba desabrochado el botón de arriba de la camisa para que se le viera un reluciente collar de caracoles de puka y sonreía con la imposible blancura de sus dientes. Una poderosa energía brotaba en oleadas de su cuerpo y envolvía a Abby.

El corazón de la niña dejó de latir. Todos los corazones dejaron de latir.

—Vaya... —dijo, al tiempo que arrugaba la frente y contemplaba el labio inferior de Abby—. ¿Eso es lo que te hice?

Nunca nadie había mirado tan de cerca el rostro de Abby, y todavía menos el más guapo de los mayores de la Academia Albermale. La niña logró asentir.

—¡Cómo te ha quedado! —añadió el chico—. ¿Te duele mucho?

—Un poquito... —consiguió decir Abby.

El muchacho puso cara triste y la niña cambió de opinión.

—No es nada —dijo con voz desafinada.

Tommy Cox sonrió y Abby estuvo a punto de desplomarse. Había dicho algo que había hecho sonreír a Tommy Cox. Era como tener un superpoder.

—Te vendrá bien el frío... —respondió él. Entonces le ofreció una lata de Coca-Cola. En su superficie había gotitas de agua condensada—. Está fría. Te irá bien para la cara, ¿no?

Abby dudó un instante y tomó el refresco. Los alumnos no podían utilizar las máquinas expendedoras hasta que se hallaban en el séptimo curso, cuando ya tenían doce años, y Tommy Cox había ido a las máquinas expendedoras por Abby y le había traído una Coca-Cola.

—Te vendrá bien el frío... —repitió.

—Disculpa, Tommy —dijo la señora Link, que en aquel

momento entraba por la puerta—. Tendrías que ir al edificio de secundaria antes de que te pongan una sanción.

La señora Link se dirigió a su escritorio dando fuertes pisotones y dejó caer el bolso encima de la mesa. Todo el mundo miraba todavía a Tommy Cox.

—Por supuesto, señora Link —respondió este. Entonces tendió la mano—. Choca esos cinco, chica dura.

Abby, a cámara lenta, dio con su mano contra la del muchacho. Tommy tenía la mano fresca, fuerte, cálida y firme, pero suave. Entonces el chico se volvió, dio un paso, giró un momento la cabeza para mirar atrás y le guiñó el ojo.

—Que te vaya bien, pequeña —dijo.

Todo el mundo lo oyó.

Abby se volvió hacia Gretchen y sonrió, y se le abrieron los puntos y la boca se le llenó de sal. Pero había merecido la pena, tan solo por volverse y ver a Margaret Middleton con cara de imbécil, sin saber qué hacer ni qué decir. Entonces no lo sabían, pero fue allí donde empezó todo, en el aula donde la profesora Link impartía la clase mientras Abby sonreía a Gretchen con sus dientes grandes y llenos de sangre, y Gretchen le devolvía la sonrisa con timidez.